

# EXTENSIÓN Y FORMACIÓN: LA CÁTEDRA LIBRE EN ACCIÓN

## *Leer novelas*

//Leer novelas, muchísimas novelas”. Esa fue la respuesta que Carlo Ginzburg dio en una entrevista en 1982, cuando le solicitaron consejos para quienes recién empezaban en el mundo de la investigación histórica.

Entre 2016 y 2018, tres integrantes del Programa “Universidad y Dictadura” de la Cátedra Libre de Derechos Humanos —Lucas Adur, Lucía Di Modugno y Hernán López— dictamos un seminario de extensión sobre “Literatura y terrorismo de Estado” [“Hay una historia. Relatos sobre la dictadura cívico-militar” (2016); “Literatura y terrorismo de Estado” (2017-2018)]. El seminario se proponía, por un lado, un abordaje interdisciplinario que cruzara los saberes de los docentes —de Letras (Adur) e Historia (Di Modugno y López)— con los de los distintos participantes del taller, para reflexionar sobre nuestro pasado; por otro lado, propiciar un espacio de encuentro y diálogo sobre el presente, que tomaba algunos textos literarios como punto de partida, pero buscaba dar lugar también a las memorias, los recorridos y las inquietudes que traía cada uno de los asistentes.

El programa seguía, a lo largo de diversos encuentros, unos ejes temáticos que pretendíamos que se enlazaran virtuosamente con la bibliografía historiográfica. Fácilmente, nos pusimos de acuerdo en los textos históricos y en la mayoría de los literarios. Así, diversas cartas de Rodolfo Walsh y *Respiración artificial* de Ricardo Piglia nos sirvieron de material para trabajar con los lineamientos básicos acerca del terrorismo de Estado y la represión entre los años 1974 y 1983. Para pensar la narrativa testimonial acudimos al canónico *Nunca más* y a *La voluntad* de Martín Caparrós y Eduardo Anguita. En tanto que *Villa* de Luis Gusmán y *Dos veces junio* de Martín Kohan generaron interesantes debates acerca de la voz y la palabra de los victimarios en la narrativa acerca de la dictadura. Para abordar la voz de los hijos recurrimos a *Los topes* de Félix Bruzzone, en tanto que la mirada infantil la aportaron *La*

Lucas Adur  
Lucía Di Modugno  
Hernán López

---

Programa “Universidad y Dictadura”, Cátedra Libre de  
Derechos Humanos. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

lucasadur@gmail.com  
lucia.dimodugno@bue.edu.ar  
hernanflopez2020@gmail.com

*casa de los conejos* de Laura Alcoba y *El mar y la serpiente* de Paula Bombara. Por último, abordamos la guerra de Malvinas con *Los pichiciegos* de Fogwill.

Lo que sigue son algunas postales de esa experiencia compartida, que implicó emociones, aprendizajes, reflexiones y sorpresas. Elegimos plasmar, básicamente, situaciones e intervenciones que nos suscitaron preguntas: acerca de los modos de leer, de escribir, de enseñar; por los saberes y los límites de nuestras propias disciplinas; por las formas de construir, colectivamente, memorias.

## I

En el año de inicio de nuestro seminario, uno de los integrantes daba clases en una escuela en el barrio de Colegiales, y cerca del 24 de marzo decidió que los estudiantes empezaran a leer *El mar y la serpiente* de Paula Bombara. El día que comenzaba la lectura colectiva entró un padre a hablar en Dirección para decir que la lectura era "bibliografía montonera", desde Dirección tomaron la palabra del padre e intentaron que la lectura no se realizara. Discusiones entre Dirección, docente, Coordinación del área, chicos en el aula esperando con sus libros, entradas y salidas del aula, finalmente se pudo comenzar la lectura de la historia de una nena que va contando la desaparición de su papá:

Mamá se sienta en el sillón conmigo. La miro.

Digo, ¿y papá?

Me dice, no sé.

Papá se fue en bici.

Digo, ¿papá se perdió?

Mamá me mira. No habla. Le cae mucha agua de los ojos.

Digo, no llores, mami. Digo, ya va a encontrarse.

Me duele la panza. Pero no lloro. (Bombara, 2005)

El libro fue parte de nuestro taller, dentro de una unidad dedicada a “Infancias y dictadura”, y así esa lectura que intentaron prohibir pudo multiplicarse en aulas y espacios educativos. La novela de Bombara no solo es un texto de gran potencial para suscitar reflexiones sino, como acordamos docentes y participantes del taller, una lectura muy disfrutable —pese al tema que aborda—, de notable calidad estética. No pasó lo mismo con todas las producciones literarias.

Hubo una obra que logró generar una brecha insalvable: historiadores contra letrados. Esta fue la novela *Nadie nada nunca* de Juan José Saer. El bando de los historiadores argumentaba que no era fácil de leer y que su relación con los hechos de la dictadura era tenue. El bando literario se mostraba clemente ante tanta barbarie e intentaba poner en evidencia la riqueza expresiva y sintáctica de la obra de Saer. Los historiadores no querían dar el brazo a torcer fácilmente y declamaban “la parte en la que durante tres páginas cuenta cómo el protagonista corta el salame para hacer una picada es insoportable”. Lejos de arredrarse el bando de las letras continuaba con su paciente labor docente respecto de sus propios compañeros. Finalmente, el veredicto lo dieron los propios alumnos y alumnas que leyeron la novela de Saer y con timidez manifestaron que habían entendido poco. Magnánimos, los historiadores ofrecieron, para el siguiente curso, dejar la posibilidad de leer fragmentos del libro pero de manera optativa. Llegado a ese punto el acuerdo entre historiadores y letrados volvió a ser unánime, tanto respecto de autores literarios como historiográficos.

## II

Una de las características más prominentes de los asistentes a los talleres fue su heterogeneidad: estudiantes de distintas carreras de la Facultad, jubilados, alumnos de secundario, profesionales de distintas disciplinas, militantes con décadas de experiencia y otros que estaban comenzando su tarea en esos años...

De esta heterogeneidad queremos evocar dos extremos que nos dieron que pensar.

En los talleres solíamos comenzar con una presentación de nosotros como docentes y del resto de los asistentes: intereses, inquietudes, saberes previos... En uno de esos primeros encuentros, la presentación de una joven que estaba comenzando una carrera universitaria, resultó una sorpresa.

Declaró que se había acercado al taller para saber algo sobre lo que había pasado en el país. En su casa nunca le habían hablado al respecto y apenas recordaba vagamente algunas referencias que habían hecho en la escuela en torno al 24 de marzo.

Mirado a la distancia, quizás la situación estaba dentro de lo esperable y hasta previsible. Pero, en ese momento, nos desconcertó. Los que participábamos del espacio asumíamos que compartíamos algunos saberes y posicionamientos básicos acerca del terrorismo de Estado. Pero el testimonio de esta estudiante nos obligaba a desnaturalizarlos. Había miles y miles de hogares donde lo que había pasado décadas atrás parecía tan recóndito como los hechos del siglo XIX. Había —y hay— muchísimos jóvenes y adultos que no solo no tienen posiciones tomadas, sino que ignoran los hechos. La intervención de esta tallerista funcionó como una suerte de *extrañamiento*: nos obligó a desnaturalizar nuestras propias ideas y presupuestos sobre la presencia de la dictadura en el “sentido común” social. Para la mayoría de nosotros es un tema tan presente, tan lacerante incluso, que parece difícil creer que para otros es un pasado lejano, por el que no se sienten convocados o que desconocen. Recordar este panorama ayuda a valorar la importancia de las políticas de la memoria de alcance nacional y de la inclusión de esos temas en la currícula educativa obligatoria. También, en última instancia, la necesidad de espacios como el taller que estábamos compartiendo.

En otra de las ediciones del taller, nos encontramos con una realidad casi diametralmente opuesta. Una de las participantes, C., era una sobreviviente de la ESMA. Por supuesto, su lectura de los textos era muy singular: en carne viva. Nosotros habíamos leído decenas de libros que testimoniaban o recreaban la experiencia de los centros clandestinos de detención y el horror de la dictadura; habíamos sentido el impacto, pensado en tantos compañeros y compañeras, amigos, familiares desaparecidos... Pero su lectura era muy distinta, algo que obligaba a pensar de otra manera, a revisar categorías y conceptos de teoría literaria: ¿cómo se leen textos que hablan de una experiencia histórica de la que uno mismo fue protagonista, que sufrió en su propio cuerpo? Alguien preguntó alguna vez cómo leerían *Operación Masacre* los sobrevivientes de los fusilamientos de José León Suárez. Algo similar, quizás, pasaba con C. Discutía con los textos, a veces se enojaba, rechazaba ciertas operaciones de ficcionalización o modificaciones de la historia introducidas por algunos autores. (En particular, estaba indignada con un texto breve de Martini, “La colaboración”. Su crítica no era tanto estética como ética). Para ella, la distancia, la suspensión de la incredulidad que

suele requerir la literatura, no eran posibles, quizás ni siquiera deseables. En su lectura estaba, de un modo mucho más radical que en otras lecturas, su historia, su vida. Fue apasionante escucharla, incluso discutir con ella. Fue, en otro sentido, también un extrañamiento: un recuerdo de lo vivo que está ese pasado, de lo presente que sigue siendo. La voz de C. nos ponía en guardia contra cualquier forma de estetización excesiva de lo que sucedió, nos invitaba a repensar los efectos de sentido de ciertos experimentos literarios. Su presencia era un recordatorio de que lo que leíamos no eran solamente relatos, había una historia, una verdad que no podía ser soslayada.

### III

En esta misma línea, queremos recordar algunas discusiones internas que atravesamos al preparar el programa, en particular a propósito de los textos de Félix Bruzzone. En distintas ediciones del taller leímos su novela *Los topos*, algunos cuentos de 76 y la bellísima carta que les escribió a sus padres (“Paciencia de tenedores y cucharas”). Bruzzone es hijo de militantes desaparecidos y se lo suele considerar uno de los autores clave de su generación. Su obra marcó un hito por el abordaje transgresor, sin solemnidad y muchas veces provocador de ciertas formas institucionalizadas de la memoria de los años setenta. Publicadas por primera vez en 2007 y 2008, cuando la memoria de los desaparecidos era política de Estado y los juicios a los culpables estaban en marcha, su obra fue, quizás, un revulsivo necesario. La literatura es un discurso que muchas veces puede decir cosas que otros discursos sociales no están en condiciones de articular. La parodia de algunas formas y ritos, por ejemplo, podía contribuir a discutir el modo en que socialmente se construía memoria, la manera en que ciertas figuras de militantes se habían cristalizado, los clichés que se repetían en torno a los años setenta.

Cuando comenzamos a pensar el taller, hacia fines de 2015, estos cuestionamientos nos parecían, en general, estimulantes, quizás necesarios. Pero —el tiempo cambia los textos— entre 2016 y 2018, cuando dictamos el taller, el panorama había cambiado de un modo bastante radical. Lejos de ser una política de Estado, durante la presidencia de Mauricio Macri, se comenzaba a cuestionar el “relato” de los años setenta, se hablaba del “curro de los derechos humanos”, se reivindicaba genocidas y se buscaba detener u obstaculizar de diversos modos el proceso de juicio y castigo a los responsables. En ese contexto, ¿tenía sentido poner en circulación esas obras

que problematizaban aquello que parecía indispensable defender? ¿No era más urgente volver a las bases, a las reivindicaciones centrales y dejar de lado cuestionamientos que aparecían, en ese momento, como secundarios? Incluso llegamos a preguntarnos si el propio autor hubiera elegido publicar *Los topos* en ese momento tan distinto. Luego de pensarlo y discutirlo, optamos por mantener los textos de Bruzzone, pero poner de manifiesto nuestras incertidumbres. Conversar colectivamente al respecto fue muy productivo: hablamos de las relaciones entre la literatura y la política —sus puntos de contacto y sus divergencias—, de la temporalidad de la literatura —que no está siempre atada al presente—, de las urgencias de la coyuntura, de las estrategias políticas y educativas para defender la memoria, de la potencia de la ficción para imaginar alternativas. Se trata de preguntas que, en un presente que parece radicalizar la ofensiva contra los discursos de memoria, verdad, justicia y derechos humanos, continúan vigentes.

## **Bibliografía**

Bombara, P. (2005). *El mar y la serpiente*. Norma.